

con su corte corrompida en el santuario y en el trono; la cadena del siervo todavía pendiente de las piedras del muro; la gran propiedad extendida como un vasto cementerio en que viven cual sombras miserables generaciones para depositar tras largos años de hambre y de miseria sus huesos atravesados por el clavo eterno del pária en la ignominia; todos los crímenes antiguos demandando una implacable justicia y quizá una venganza. No queráis comparar á Espartaco, sin más porvenir que la prisión en la ergástula y la muerte en el circo; privado por bárbaras leyes hasta de sus hijos; con el ciudadano de nuestro tiempo, dueño de su hogar, de su trabajo, participando por el Jurado de la administración de justicia y por el sufragio del gobierno y del Estado. No compareis el ciudadano que sale de la monarquía absoluta á la revolución francesa con el ciudadano de nuestros tiempos. Y sin embargo, los rojos se empeñan locamente en esta resurrección insensata. Todavía se creen asistir á los clubs de los jacobinos y de los franciscanos. Todavía andan buscando las secciones que toquen el tambor de la generala revolucionaria, y la campana que lance de su lengua de bronce el terror de la Convención. Hoy odian á los girondinos como si no hubiera caído sobre los girondinos la tierra de los sepulcros y el juicio de la historia. Parece que aun están tristemente en los ministerios del rey, único grande error de aquellos republicanos. Parece que aun viven lanzando desde lo alto de la tribuna los rayos de su elocuencia. Parece que aun combaten todos los excesos. Las cóleras de Danton, las sordas iras de Robespierre, los ahullidos de Marat, las locuras de Hebert se repiten todavía. Creeríais que los girondinos participan del gobierno; piden el aplazamiento del proceso de Luis XVI y la referencia al juicio del pueblo; truenan contra la Comunidad revolucionaria de París y contra las Comisiones de salvación pública; rechazan la amistad de Danton; acusan á Ro-

bespierre; se revuelven airados contra los hebertistas; se indignan de las terribles homilias de Saint Just, y de la ira de Legendre, y de la embriaguez de Henriot; llaman á los federados á que vengan á defenderlos y servirlos; proponen el código fundamental de Condorcet, inspirado en el espíritu del siglo y en la idea de libertad; amontonan los anatemas tanto en contra de la dictadura de la Convención sobre Francia como en contra de la dictadura de la Comunidad sobre la Convención; trazan un ideal que debia perderse como una vaga armonía entre el estruendo de aquella catástrofe. Parece que la elocuencia de tan admirable legion ateniense, sus discursos artísticos, su anfictionado griego, su filosofía platónica, su odio á la anarquía y al desenfreno de la plebe irritan aun los nervios de los demagogos y de los rojos. Pero ¡oh! contradicción, contradicción de la cual tenemos nosotros muchos y tristísimos ejemplos: estos jacobinos exagerados, estos hebertistas partidarios de la Convención, estos amigos de la autoridad y de la dictadura republicanas, despues de haber pasado su vida procesando los huesos y la memoria de los girondinos, invocaron sus mismas ideas, las ideas federales para salvar á Francia.

Despues de Tridon el hebertista ved á Rigault, partidario del terror. Notad que en las grandes revoluciones los más débiles ó los más cobardes suelen ser tambien los más crueles. El temor á la muchedumbre, el deseo de acariciarla y de servirla, crea esos seres que proclaman la matanza como un dogma, y ejercen como un sacerdocio la infame profesion de esbirros ó de verdugos. Rigault, bufon de los cafés; conjurado de las tabernas; pequeño é inquieto; de ironía que rayaba en sarcasmo, y de odios que rayaban en crueldades; fantaseador de planes revolucionarios, recitante de discursos frenéticos; amigo de los equívocos, de los juegos de palabras; irreverente y blasfemo por gracia; poseído de la pasión que más atormenta á las

almas ruines, de la envidia, anduvo un tiempo huyendo de la policía del Imperio para despues convertirse en jefe de la policía de los comuneros, donde persiguió y mató con la glacial serenidad de un Neron ó de un Tiberio.

Pascual Grousset es un dilettante de la revolución. Librees Dios de todos los dilettantismos. Desempeñarán los papeles más varios, porque sólo tienen culto á una cosa, á su estrella; y sólo se proponen un fin, su medro. La bella figura de Grousset, su elegante traje, sus finas maneras, el aderezo de toda su persona indicaban bien que aquel perfumado demagogo sólo sentia una invencible aspiración, la de su propia apoteosis. Muchas acepciones tiene la palabra demagogo; pero una de las más propias es entender por demagogo el que antepone sus intereses particulares ó egoístas á los intereses de su patria. Y esta definición os explicará muchos de los caracteres que al reflejo de la sangrienta Comunidad de París brillan por algunos momentos. Grousset lleva sus cuartillas á todos los periódicos de todos los colores y formas; desafia con estrépito á Pedro Bonaparte; dice ante un tribunal aquella estúpida frase de las relaciones posibles de la madre de Napoleon el Grande con su propio padre; se desata contra los hombres que fundaron la República de Setiembre; compromete el periódico, *La Marsellesa*, con sus intemperancias intransigentes; imita la *Linterna* de Rochefort; conspira con todos los descontentos en la época siniestra del sitio de París; llega á la Comunidad y se encarga de las relaciones exteriores; abomina de los setembristas por sus complacencias con el extranjero, y se arrastra á los piés de los prusianos; jura como un numantino morir entre los escombros de París, y á las doce horas de este juramento sale de París con disfraz de mujer; todo para erigir, no un altar á sus ideas, sino un pedestal á su persona.

¡Cuántos tipos y personificaciones y repre-

B.

sentantes de la literatura enteca y enfermiza que copiaba fotográficamente la realidad y extinguía todo ideal! Ahí teneis á Vessinier que se da por colaborador de Eugenio Sué, cuando fué tan sólo su escribiente. Contrahecho, gafo, jorobado, quiere que la sociedad le pague los agravios inferidos por la naturaleza. Sin ideas y sin estilo, no se satisface con ejercitar modestos talentos; aspira á las altas esferas por donde vuela el génio. Sus aspiraciones le valen otras tantas caídas. Su pluma se moja en todas las inmundicias de nuestro tiempo. Sus libros sólo pueden leerse en las mancebías. Y la Comunidad, no sabiendo qué destino darle ¡ay! le dió el destino de inspector de escuelas para que defendiese de las asechanzas de todos los vicios el paraíso de la inocencia. A su lado, y en su grupo, debe ponerse la torba figura de Vermesch. ¿Qué es? Un escritor como Neron era un artista. Corren los tiempos del Imperio; la gente anda tras el desordenado lujo y los placeres; la voluptuosidad refinada y elegante gana cada dia más el favor de la moda; los príncipes se desviven por ir al teatro para ver casi desnuda á la Cora Perle, llevando por toda hoja de parra los diamantes amasados en los antros de la prostitucion; pues Vermesch escribirá la apología de esa vida, de los afeites con que las cortesanas se disfrazan, de los bailes orgiásticos, de las cenas epicúreas, de los libros verdes, de todos los desórdenes que asemejan los últimos dias del Imperio francés á los últimos dias del Imperio romano; en estilo de perfumería, escrito con tinta de rosa y secado con polvos de arroz, estilo luciente y terso como una tohalla de Venus. Pero el Imperio ha caído y le ha reemplazado la República; á los dias del placer suceden los dias de la expiación; ya no corren los caballos por la arena fina y entre las apuestas, sino por el campo ensangrentado y entre las balas; ya no hay en los platos faisanes, sino ratas; ya no se ven las grandes damas columpiándose entre rosadas

nieblas de gasas, sobre los muelles de su carretela de doble suspension, sino las pobres mujeres, con los pies en el barro helado, demandando en crudo invierno al amanecer, un mendrugo de pan de centeno á las puertas de las panaderías oficiales; y el epicúreo se convierte en tribuno; cambia el plato de Trimalción por el puñal de Bruto; alienta todas las locuras de los clubs, denuncia á los ricos y á los aristócratas, arroja plomo derretido sobre las llagas del pueblo, ensalza el terror como Hebert, ruge como Marat; y despierta la sed de sangre en los desgraciados como antes habia despertado la sed de goces en los poderosos; inmundo cortesano de la fortuna y de la fuerza.

Hay toda una literatura, todo un arte, que cree arqueológico y teocrático el ideal. Para esta literatura y para este arte, la realidad, solamente la realidad es digna del pincel, del buril, de la pluma. Esos artistas que entreven algo más allá de nuestro mundo, que sueñan con la absoluta perfeccion, que se desviven por los cielos de lo infinito y por el éther de las ideas, son miembros de un sacerdocio reaccionario, digno de contarse entre las castas de la Edad Media, y conspirador eterno contra la libertad de nuestra inteligencia. La dama de las Camelias ó de las Perlas, el joven pisaverde de los boulevares, el clubista ronco de vino y de tabaco, el demagogo ahumado con la pólvora quemada en daño de la patria, guardan más poesía que el Cipriano de Calderon en su fé y el Fausto de Goethe en sus dudas; que Julieta á la luz de las estrellas en su balcon de Verona, incierta entre el canto del ruiseñor y de la alondra; ú Ofelia, loca de amor, ahogándose, virgen purísima, con su corona de desposada tejida de todas las flores de las selvas, en los senos del celeste lago. Una estatua amasada en el barro de la calle; un cuadro que copie fotográficamente las llagas sociales; una novela donde se repita el caló de los cafes; una cancion de taberna, son superiores á los

banquetes de Platon, donde se departe sobre la inmortalidad, y á los ensueños de Lamartine, donde se oye la voz de la tierra, subiendo como una armoniosa plegaria á la inmensidad de los cielos. Esta escuela preferirá el pálido piojoso de Murillo, expulgándose, á todos sus ángeles perdidos en los arreboles de la luz increada. Parecen haber venido los realistas para afean más el mundo real y no para enmendarlo; empeñados en repetirnos nuestra propia vida con todas sus tristezas y cerrarnos la comunicacion verdadera con el cielo y hundirnos cada dia más en nuestra pequeñez y en nuestra miseria. Julio Valles aparece á la verdad como el tipo acabado de esta escuela. Muy colorista y muy gráfico en su estilo de relieve, huye del ideal como de una Iglesia. La realidad es su cielo, el pueblo es su Dios. Pertenece á la legion de génius desconocidos, que no han llegado á obtener ni la fortuna ni la gloria con que soñaban para su extraordinario mérito, y se vengan de esta injusticia persiguiendo con su sarcasmo toda grandeza y minando con sus calumnias toda reputacion. El odio les inspira sus declamaciones continuas como á Orestes le inspiraban las furias su locura. La mesa de un café es su altar, el periódico callejero su tribuna, el humo del tabaco su incienso, la cancion grosera su oda y su musa la botella. Así todas sus ideas exageradas; todas sus frases violentas; todas sus inspiraciones ora comunes hasta la vulgaridad y ora hinchadas hasta la hipérbole, forman como un baile de carnaval en que sólo se oyera el sonido de las canciones báquicas y de los cascabeles. Al hambre del espíritu le ofrece carnes podridas salpimentadas de pólvora; á su sed infinita vasos de vitriolo; á sus vagos ensueños el brutal ronquido de la borrachera. Por razones opuestas llega á la misma conclusion que el abate Gaume, al odio de la antigüedad. El mundo clásico, que habia inspirado á los revolucionarios del noventa y tres sus más bellas arengas sobre la

libertad y la República, aparecia á sus ojos como un réprobo, en cuya frente sólo podia leerse esta palabra extrañísima: servidumbre. Así soñaba con universal incendio, en cuyas siniestras llamas quedase consumida toda la herencia del génio. Así, gritaba, y copio sus palabras «lo pasado, hé ahí el enemigo. Por eso clamo con toda la sinceridad de mi alma; si quemárais todas las bibliotecas y todos los museos, habria en ello para la humanidad no pérdidas ciertamente, sino gloria y provecho.» Dejemos á ese energúmeno.

Ved de esta galería el retrato último, ved á Vermorel. Apenas tenia veintinueve años cuando representaba un papel de primera importancia en estas grandes tragedias; y espiraba entre dolores acerbos producidos por una bala de las últimas batallas. Su vida habia sido una vida severa; como su estilo un estilo seco. Alejado de todos los placeres, habiase consagrado con la austeridad de un estóico á todos los trabajos. No podrian contarse los artículos, y los ensayos, y las polémicas, y las críticas que escribió á tan corta edad. Siempre fué de la escuela democrática; pero en sus primeros años de la escuela democrática y cristiana, casi me atreveria á decir católica. La imitacion de Cristo era una de sus lecturas favoritas; el Padre Lacordaire uno de sus modelos admirados; la alianza del Evangelio con la libertad uno de sus ensueños; la fé en Dios y en la inmortalidad del alma una de sus creencias. Pero de Lacordaire pasó á Lamennais. Ya no fué su cristianismo puramente ortodoxo; fué ese cristianismo que se gloria de volver á los tiempos evangélicos; y recoge como afluentes en su curso á la eternidad las ideas de la filosofía griega; y se enlaza con las protestas de Abelardo; y se detiene ante los ensueños de San Francisco; y toma como una renovacion primaveral la Reforma; y adora á los puritanos; y crece cual una idea de Hegel en su movimiento dialéctico; y quiere unirse lo mismo

con la democracia que con la ciencia. Por esta época estudiaba derecho, vivia en el barrio latino, sustentaba á Renan contra los jesuitas en los bancos del Colegio de Francia y á Vacherot contra los imperiales, en el tribunal de Imprenta; publicaba los discursos de Mirabeau y de Vergniaud para despertar el ideal con el reclamo de la elocuencia; veia la democracia, la libertad y la República, esa trinidad de nuestra política, entre nubes de áureas ilusiones y de risueñas esperanzas. Pasó de los bancos de la Universidad, á las redacciones de los periódicos. El ideal antiguo se apagó en su mente. Endurecióse el corazon. Una especie de socialismo materialista reemplazó á las antiguas místicas doctrinas. Volvióse airado contra los hombres de mil ochocientos cuarenta y ocho, y atribuyó á sus torpezas las desgracias de su tiempo. El empeño suyo era decir que habian caido por no abrazarse al socialismo, cuando los mató el socialismo. En su nueva fé adoptó el error más grave de la escuela, el error de creer que el problema social puede resolverse independientemente de las formas políticas. Y este error le dió aires de complaciente cortesano de Rouher, y le colocó allá entre los que soñaban con el Cesarismo comunista. La acusacion era tan universal y tan creida que Rochefort la formuló, picado por una acerba crítica de Vermorel, nada ménos que en la tribuna del Cuerpo Legislativo. Llegado el 4 de Setiembre continuó lanzando á los jefes del partido republicano sus aceradísimos dardos; y repitiendo que una catástrofe tan grande como la del 2 de Diciembre vendria nuevamente sobre Francia por culpa de las mismas doctrinas y de los mismos hombres. Dados estos antecedentes, le estaba reservado un puesto en la Comunidad revolucionaria. Allí se metió para vivir criticándolo todo con acerba crítica, y para morir entre acerbos dolores con la impasibilidad de un estóico. Su rostro rapado, sus ojos frios, su estilo seco, su literatura

glacial, sus análisis implacables no podían verdaderamente atraerle grandes entusiastas porque sólo el calor de la elocuencia enciende los verdaderos afectos y mueve á los grandes sacrificios; pero la austeridad de su vida cenobítica inspirará eternamente un profundo respeto. Le creían cobarde, porque escupido un día en el rostro, se limitó á limpiarse con el revés de la mano la saliva; y llegado el supremo trance, murió con el heroísmo y la resignación de un mártir. ¡Cuántas manchas se lavan prontamente en el fuego purificador de una buena muerte!

Hé ahí los principales elementos que concurrían á la formación de la Comunidad revolucionaria. Imposible que pudieran tener la unidad de acción que dimana de la unidad de ideas. Una confusión babilónica reinaba entre ellos. Los más eran individualistas hasta ser anárquicos; los menos gubernamentales hasta ser jacobinos. Los unos querían rehacer el Estado en toda su fuerza para ponerlo á servicio del pueblo; y los otros prescindir del Estado, de ese organismo necesario, como prescinde la culebra de su brillante piel, y se la deja entera por sus tortuosos caminos. En estos el socialismo aparecía como una tradición proudhoniana, en aquellos como un sistema indefinido y vago. Remedaban unos á ciertos sectarios de la Convención y su embriaguez; copiaban otros el nihilismo ruso y su barbarie. Muchos pertenecían á los revolucionarios febriles que toman por vida la calentura de los tísicos, esa aparente vitalidad en cuyo calor se oculta el frío glacial de la muerte. Casi todos eran médicos sin enfermos, abogados sin pleitos, escritores sin público, artistas caídos de sus ambiciones en

el árido desengaño, filósofos materialistas sin ninguna idealidad, teorizadores de lo feo, trascendental en una estética absurda, copistas de la realidad á cuyos males sólo sabían oponer el amargo narcótico de la utopía. Sin unidad de idea no hay unidad de acción; y sin unidad de acción no hay gobierno posible. Así la Comunidad pasó tristemente su tiempo en estériles disputas, en cambios bruscos de procedimientos y de personas, en nombrar improvisados generales y comisiones de salvación pública que venían y se iban como los fantasmas de un sueño. Aquello fué una exaltación febril, un delirio de la sociedad; todo ménos un gobierno. A quien la mayor parte de aquellas gentes imitaba era á Hebert, al revolucionario de los peores tiempos, que pasaba de las orgías donde se derramaba el vino á los tribunales donde se derramaba la sangre; y que aristócrata por sus gustos y por sus costumbres se ponía á servicio de todas las malas pasiones de la plebe, clavando el puñal de sus denuncias en los corazones más varoniles y en los caracteres más íntegros, hasta que llegan los días supremos de la venganza, cuya voracidad lo consume todo; y es arrastrado á la guillotina por la ley terrible del Talion tantas veces en sus inmundos escritos invocada, y arrastrado entre el regocijo universal que convierte su agonía en una fiesta; pues todo el mundo deseaba ver cómo se extinguía ese verdugo, cuyo periódico fuera el inmundo albañal de la calumnia, despidiendo en vapores mefíticos la deshonra y la muerte. Con todo eso, no lo dudo, aun podía constituirse una conjuración; pero jamás un gobierno.

CAPITULO XCVI.

LOS PRIMEROS ACTOS Y LAS PRIMERAS BATALLAS.

La Comunidad revolucionaria se inauguró oficialmente en la Casa de la Ciudad poco después de su pública y solemne inauguración ya descrita, inauguración tan festiva como pomposa. Un discurso de Beslay la constituyó, siendo como su partida de bautismo. Este discurso rebotaba de buena fé, aunque no de buen sentido. En sus primeras palabras expresaba la firme convicción de que la Comunidad, poder sin carácter definido y sin atribuciones conocidas, hijo de un motín demagógico, padre de una guerra civil, redimía la República cuando en realidad la entregaba herida y desangrada á la reacción. Mas entre estas ilusiones mentidas velase aparecer el sistema de la verdadera gerarquía de los poderes públicos y de los derechos que á cada uno competen en el mero anuncio de que los asuntos locales pertenecen al municipio, los asuntos provinciales á la provincia, los asuntos nacionales al Estado, distribución verdadera pero desmentida por todos los pensamientos y todos los actos de aquellos comuneros.

B

¿Era ni podía ser nunca asunto local, y por consiguiente de la competencia de los municipios, el administrar en todos sus grados la justicia? Hasta en los pueblos más federales existe un supremo tribunal. ¿Era ni podía ser de la competencia de los municipios el legislar sobre la propiedad y sobre el comercio, asunto aquel que toca á todos los derechos, asunto este no sólo de relaciones entre los ciudadanos de un mismo pueblo, sino también de relaciones entre todos los pueblos de la tierra? La Comunidad de París era de una impertinencia increíble, y de una ambición insaciable. Separaba la Iglesia del Estado como si el Estado fuera ella; acometía reformas de legislación civil y penal como si fuera ella el poder legislativo; contaba con fuerzas públicas como las naciones; y para que nada le faltase hacia un ministro de Negocios exteriores, el cual notificaba su advenimiento á las potencias y dirigía dulces palabras á los ejércitos extranjeros acampados en el corazón de Francia y á la sombra de los muros de París.

155